otro de aquellos...
¡de los que duermen bajo la tierra!

Los dos mayores, de los casados, ya tienen canas,
y siento gozo de verlos fuertes;
¡pero tendría ya, de seguro,
de uno de aquellos tres que no viven,
biznietos grandes!

¡Lo que se goza!...
¡lo que se sufre!...
Cuando á mi mesa logro reunirlos,
uno por uno los voy contando...
jamás me sale cabal la cuenta...
¡faltan los otros!—

MADRECITA

Eres ya mayorcita... tienes, hija,
que aplicarte á las cosas de la casa.
Ya sois muchos; yo sola
no puedo con la carga...
Sin conseguir llevaros
limpitos y compuestos como yo deseara;
sin poder atenderlo
todo, aunque me deshaga

y no haciendo otra cosa que dar puntos,
tiempo me falta.

Necesario es que cosas y que planches
y que aprendiendo vayas
á lavar, y el gobierno de la comida y todo,
porque tú estás llamada
á descansarme y, cuando yo no pueda,
á ser la madrecita de la casa.

Tienes que trabajar, hija, y hacerte,
por tu bien, animosa y resignada.
A la mujer sufrida y hacendosa
todos la alaban,
y el trabajo, hija mía,
es la salud del cuerpo y la del alma.
Tienes que trabajar: con el trabajo,
toda fortuna y bienestar se alcanza;
el trabajo hermosea y ennoblece
á la mujer honrada;
es justo y bueno trabajar, es santo...
¡tienes que trabajar, que Dios lo manda!

Y ahöra, escucha bien lo que te digo:
A tu hermanita quiero destetarla.
Cuando caen malitos y no comen,
con la teta se salvan...
pero tiene dos años, hija mía,
y dará fin de mí, porque me traga.
Al pecho se me coge lo mismo que una loba
y siento, cuando mama,
que me saca la sangre
y se me äbre de dolor la espalda.
Vamos, por eso, á que desde esta noche
duerma contigo: tienes que abrigarla,
haciendo que á tu lado se esté acurrucadita;
pero con cuidadito, no la vayas
á oprimir demasiado
¡Dios mío! y me la ahogaras!
Cuando me eche de menos ¡alma mía!
procura conformarla
arrullándola quedo
con mimos y palabras,
y no me la amedrentes ni la asustes
¡hija de mis entrañas!...
¡hazte cuenta con ella que eres su madrecita,

y así de dulcemente me la tratas!

Hija mía, es preciso:
pronto serás mujer, y estás llamada
á descansarme y, cuando yo no pueda,
á ser la madrecita de la casa.

¡DUERME!...

Tengo á la nena en brazos;
yo la he dormido
cantándole una tierna
canción de niños:

La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen
los angelitos...

en las nubes del cielo
quedan dormidos...

Duérmete, pequeñita,
que yo te quiero...
Mañana á coger flores
al campo iremos...

Iremos á sentarnos
cerca del agua,
donde los pajarillos
alegres cantan...

Al monte subiremos
¡arriba! ¡arriba!...
Veremos á la Virgen
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos
también su niño:
¡es el Rey de los Cielos
que está dormido!...

La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!
. . . . . .

La nena se ha dormido:

¡qué dulcemente!...
Su santa paz me invade,
mis iras vence,
y mi dolor, en dulce melancolía,
como ella duerme...

Como hilo misterioso de fuente pura,
sigue calladamente mi arrullo tierno,
para mi amor, dormido como los ángeles...
¡para mi älma triste, que tiene sueño!...

Amemos, perdonemos,
bendita mía...
Alma, reposa, duerme como la nena...
¡duerme tranquila!

DE LARGO

¿Si estás hermosa?... Oh, sí! con la hermosura
de un espléndido día cuando nacen
sus tímidos albores, mensajeros
de la radiante luz. Pero me apena
que dejes ya tus galas infantiles
y que te vistan *de mujer*, cuando eres
tan niña todavía... ¡Loco anhelo
de arrebatarte á la dichosa vida
de la riënte candorosa infancia!.
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!
¡Qué pueril vanidad! Vestir *de largo*
y velar torpemente la belleza

de tus divinas virginales formas
en su airosa esbeltez, con los inventos
de la moda, ridículos y cursis,
faltos de gusto y natural donaire;
dejar la franca risa con su encanto,
por la afectada seriedad que hiela,
y trocar la pureza inmaculada
de tu casta infantil desenvoltura,
por la estudiada forma comedida
en la que tiene el impudor su asilo...
Y todo para qué! Para arrojarte
á la vida brutal de las pasiones
que con caretas de placer te brindan
el desengaño y el dolor ocultos;
para exponerte en el social mercado,
vendiéndote, tal vez, inicuamente,
y dejarte á merced de otros cariños
que acaso sean disfrazados odios...
Para eso tal empeño... prisa tanta
porque esta placidez de tu inocencia
con esa edad angelical concluya...
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!...

FLORESCENCIA

Como botón cerrado, de amapola
que rompe al sol y en púrpura se tiñe;
con el cándido rostro
de rubor encendido
en un despunte ingenuo
de virginal malicia,
así la adolescente
niña gentil, contando apasionada
está á sus amiguitas
el suceso feliz, y escuchan ellas
como otros botoncitos de amapola

que aguardan, agitados por el céfiro,
romper, al sol, para teñirse en púrpura...

Dice la niña adolescente:
—Vengo
de casa de mi hermana, que ha parido
un nene como un sol: se siente gozo
de tenerlo en los brazos... ¡qué carita!
¡es una rosa á medio abrir!... ¡estrellas
sus ojitos parecen!... ¡qué moninol
Mira sin comprender, como extrañado
de hallarse en otro mundo... Llora... duerme
y, durmiendo, suspira y se sonríe
ya, como si soñase
con otra vida... ¡es cosa
que hace pensar!... Al pecho
se agarra que parece
que ha nacido enseñado... De hito en hito
lo contempla mi hermana con un celo
¡que el alma se le sale por los ojos!...
¡Angel de Dios! Lavándole,
cuando hemos ido á verle,

le tenían desnudo, ¡encueros vivos!...
¡Qué carnes más hermosas!...
sonrosaditas, blancas...
¡suaves como la seda!...
y el pelito rubín ¡como su padre!—

Así la adolescente
niña gentil, el caso peregrino
cuenta á sus amiguitas,
que abren los bellos ojos admirados...
Y la verdad augusta
que, cual radiante sol, rasga el misterio,
alborea en las frentes candorosas
y hace de los humanos
botones virginales,
¡flores de amor abiertas á la vida!

Comunión

Es la hora, hija mía. Despierta, abre los ojos
al ardiente destello
que de rubor te enciende;
despierta, que con gritos impetuosos,
con gritos de la vida,
á tu sangre y tu alma llama Naturaleza;
despierta que ante tí, bellas, radiantes,
abre la pubertad sus puertas luminosas,
bajo cuyos triunfales arcos, engalanados

de flores y de ensueños,
pasan las vírgenes...

Es la hora, hija mía, de que hagas
acto de comunión en la familia
humana, para gloria
tuya y de todos.
Apréstate á vivir: á dar tu vida
y á vivir en la vida de los demás, la tuya.

Apréstate á ser fuerte
y á luchar y á sufrir. Tú, como todo,
por ínfimo que sea,
tienes una misión, y has de cumplirla.
Date en flores y frutos
pródigamente.
Entrégate á la sana
y natural inclinación, lo mismo
que el agua pura que en las peñas nace
y corre á su albedrío fecunda y bienhechora...

Habla discretamente con tu madre,

como una compañera:
escucha sus palabras amistosas
y penetra el secreto de la vida.

Del vehemente mancebo
que te ronda y te sigue apasionado,
si tu afecto despierta, no rehuyas
la elocuente mirada;
aliéntala, dejando
que delaten tus labios, en sonrisas,
tu alegría fecunda,
y el amante mirar de aquellos ojos,
recógelo en tu älma como divina ofrenda.

Es el acto sublime;
¡cuerpo y sangre te doy en mis consejos
del que fué todo amor! Su ejemplo sigue
de piedad y ternura inagotables
y adórale en los actos de tu vida!

Es el acto sublime:
¡recibe de la copa

sagrada de los labios de tu padre,
la santa eucaristía!...
¡Altar serán los campos,
dosel serán los cielos,
y sus galas pondrá la primavera!

DEL DOLOR

La Canción de la muerte

Me arrullaba amorosa la muerte
con una voz dulce, y yo le decía:
—No me cantes así, que estoy triste...
¡no me duermas aún, madrecita!...
déjame que juegue,
¡déjame engañado creer todavía,
que divierte el juego
vano de la vida!

CANTO...

Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas
que sobre todas las flores vuela,
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;
también entonces amargamente canto, bien mío,

¡le canto amores
á una alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

Cuando en la prosa vil de la vida la hiel apuro;
cuando en la farsa del mundo necio soy comediante;
cuando al empuje de los humanos troto entre bestias,
también yo canto:
las de las madres que á sus pequeños enfermos duermen,
son mis canciones en esas horas....
¡son el arrullo de mi tristeza,
que es como pobre niña enfermita!

Cuando acaricio tu carne blanca;
cuando retengo furiosamente
tu cuerpo débil entre mis brazos,
canto canciones desesperantes...
¡canto, alma mía, deseos muertos!

Y cuando lloro, son mis canciones las más alegres:
son mis piadosas santas canciones...
¡las aguas puras de misteriosa fuente serena

en donde calman su sed los tristes!...

También durmiendo canto, bien mío:
canto en mis sueños mis ilusiones,
porque, despierto,
jamás consienten que me las forje las realidades...
Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

LA CANCIÓN DEL DOLOR

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:
¡la canción del amor!
. . . . . .
. . . . . .
¡Ay, alma mía! Hay solo una canción;
¡la canción del dolor!

I

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
Yo ví tus negros ojos mirarme dulcemente,
yo tuve entre las mías tu mano abandonada,
yo te llegué á besar...
¡Y ví por todas partes miradas amorosas
y manos enlazadas y pechos agitados

y bocas anhelantes buscándose frenéticas
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,
creyendo que la fuente de manantiales puros
que el fatigado espíritu soñara inagotable
para calmar su sed,
nunca jamás podría ser otra que esa fuente
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,
feliz por un momento, porque soñando pasa,
la eterna juventud.

Por eso aquella noche, ciñendo tu cintura
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,
muy solos y muy juntos, te dige tiernamente,
sintiéndome feliz:
«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías
y goces el deleite del amoroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del amor!»

. . . . . .

. . . . . .

II

Si tú supieras, alma bendita de mi älma,
las cosas que he callado, lo mucho que no digo,
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...
¡verías tú, mi amor!
¡Verías tú placeres que me dejaron huellas
de hieles amarguísimas!... ¡Verías amarguras
que al alma le dejaron un peregrino gusto
de delicada miel...!

¡Verías tú, bendita!... Yo soy aquel que ríe
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;
aquel que se embriäga con la nerviosa risa
de argentinado son.
Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,
como la rosa mustia la gota de rocío,
como el ardiente labio la cristalina fuente,
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano,
se exhala pertinaz.
Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...

canciones saludables de puros alborozos...
¡pero que llevan dentro del alma que las nutre,
la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas
la salmodía triste que con cadencias íntimas
produce en el espíritu, de la exudante angustia,
la obscura vaguedad;
canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo,
como divina esencia de vida palpitante
y germen de ternuras y germen de alegrías,
la nota del dolor.

. . . . . .

¡Si tú supieras, alma bendita de mi alma!...
¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
No hay fuente como aquella que mana la amargura,
para calmar la sed...
Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires
y goces las angustias del doloroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del dolor!

La Canción de las tristezas

Tristezas fecundantes, tristezas melancólicas,
amores misteriosos y vagos del espíritu
que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,
germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristezas, pesad sobre mis hombros...
venid enamoradas... venid voluptuösas...
echad sobre mi rostro la sombra de las penas,

poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,
como hablan los amantes en la callada noche,
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!
con la pasión sincera de los amantes ciegos,
secretas confesiones hacedme enamoradas,
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.

. . . . . .

Así las evocara y en la secreta noche
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte;
»aquello que se alcanza no nos hará felices;
»del perennal deseo tan solo existe el goce...

»¡de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

»Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!
»las del amor intenso, las del amor que mata,
»más amorosas cuanto más de nosotras huyen,
»teniendo para todos caricias dolorosas...

»Somos la inestinguible pasión que en todos late,
»suplicio, al par que goce, y aliento de la vida:
»nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,
»que sufre la inefable tortura del deseo.

. . . . . .

»—¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas!—
»muriéndose de amores el hombre suspiraba,
»en tanto que abstraídas en sus amores vanos
»las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

»Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...
»El hombre suspiraba:—¡Dadme los besos todos!...—
»¡Nosotras recogimos en el amargo cáliz

»de la infinita pena, sus inefables ansias!...

. . . . . .

. . . . . .

Cantaron las tristezas después más débilmente
las místicas ternuras de los deseos idos...
Con lánguida sonrisa, con desmayado acento,
cantaron melancólicas... ¡cantaron añorantes!...

La Canción del Yunque

I

Alegrando los valles
el alba asoma,
y el yunque su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Junto al camino puso el herrero

su fragua tosca:
la negra fragua
de fáuces rojas...
Canta el herrero
y el fuelle sopla...
Y el forjador que el hierro
candente doma,
batiéndolo, sus golpes
sobre él redobla...

Canta el herrero: su voz es limpia como los puros timbres del yunque. Canta el herrero, dios de la forja:

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,
porque soy hierro...
¡pero es que tú, zagala de labios rojos,
eres el fuego!»

Su amor y su trabajo,
siempre amorosa,
compendia y acompaña
la alegre nota...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...
¡la canción argentina

que el yunque entona!

. . . . . .

. . . . . .

Cuantos más golpes recibe,
más intensas puras ondas
lleva el yunque de su acento por los valles,
frescas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque
son las notas,
repetidas dulcemente por los ecos de los valles,
claras, tenues, delicadas, vagorosas,
ya cercanas
ó remotas,
como quejas, como voces de los tristes
que soportan
resignados la tortura de los golpes
de una vida dolorosa...
¡como quejas, como voces de almas puras
que en las penas se acrisolan
y que viven dulcemente

la tristeza de amarguras misteriosas!

. . . . . .

. . . . . .

II

Alegrando los valles
el alba asoma;
y el yunque su argentina
canción entona....
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Pasaron por el valle
las alegrías, las penas hondas...
como racha de viento
pasó la vida, fugaz, ruidosa...
pasó callada después la muerte...
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...
¡por compañera,
su fragua tosca!...

Desde entonces el herrero ya no canta:

con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja,
y á los golpes del martillo,
la canción del yunque, sola,
repetida dulcemente por los ecos de los valles,
dá sus notas
¡frescas, limpias,
insistentes, delicadas, vagorosas!...

LA CAJA LINDA

I

Fiestas reales
hay en la casa
y están alegres hasta las peñas
de la cañada,
cuyos despiertos ecos repiten,
en la profunda noche tranquila, las risotadas...
Es que el bautizo de su pequeño
celebra alegre, con toda pompa, Tomás, el guarda

y es tan buenazo Tomás que, al darle Dios este hijito,
que es el primero, colma sus ansias,

Blasa, su pobre mujer, sonríe
desde la cama,
donde en los brazos tiene al pequeño,
cuya carita como una rosa fresca resalta
sobre la ropa
como la propia nieve de blanca...
Blasa sonríe
de ver al pobre Tomás que lleno de gozo baila.

. . . . . .

. . . . . .

II

Por la vereda
de la cañada,
se acerca un hombre, que aún viene lejos,
y por las trazas
es, de seguro,
Tomás el guarda...
Alguna cosa

vistosa y maja
trae bajo el brazo... Es una cosa de azul de cielo
y al sol reluce cual si tuviera cantos de plata...
Ya me figuro lo que es: sin duda,
Tomás, del pueblo vuelve á su casa
y es lo que trae para el pequeño,
que dicen todos que está que encanta.
¡Oh, qué contento traerá el costoso juguete el pobre
Me lo imagino: viene que salta...
piensa en su nene
que se alboroza con el regalo que no esperaba...
piensa en la madre que, envanecida,
con toda el alma,
le dice: «¡Has hecho divinamente!... ¡poco me páece
pal hijo mío, la gloria misma que le compraras!»

. . . . . .

. . . . . .

Tomás se acerca...
ya se vé claro que es una caja
lo que debajo del brazo trae...
de azul de cielo... con relucientes cantos de plata...

linda... ¡muy linda!...
¡pero es de muerto la linda caja!

. . . . . .

. . . . . .

El golpe sienten hasta las peñas
de la cañada
¡cuyos despiertos ecos repiten, en la profunda
noche tranquila, los dolorosos ayes de Blasa!...